

Como Netanyahu compelió a Trump a la guerra contra Irán sobrevolando el fantasma de Epstein

Category: Estados Unidos, geopolítica, Israel-Palestina
escrito por Redacción STDP | 14/04/2026



La nota del **The New York Times** que seguidamente [Stripteasedelpoder.com](https://www.stripteasedelpoder.com) transcribe íntegramente dada su importancia, señala que el premier de Israel Netanyahu asistido por David Barnea, director del Mosad, y oficiales del ejército israelí tuvieron el 11 de febrero pasado una reunión reservada en la Sala de Situación de la Casa Blanca con el presidente Donald Trump y su equipo.

Tras haber librado una semana atrás el departamento de justicia de EEUU, una nueva tanda de documentos del archivo del pedófilo de origen judío Jeffrey Epstein, con sus consecuentes repercusiones escandalosas en la prensa. Que además contenía documentación referida a **acusaciones de pedofilia** contra el mismo presidente Trump.

SEXO Y PODER

¿De qué se acusa a Donald Trump en el caso del pederasta Jeffrey Epstein?

- Uno de los correos difundidos el viernes 30 de enero contiene una lista de acusaciones de agresión sexual a menores no verificadas contra el republicano, que recopilaron funcionarios del FBI el pasado verano.



Una fotografía de fecha indeterminada en la que Trump conversa con una desconocida. Epstein está entre los dos (HANDOUT / AFP)

Barcelona. Redacción

03/02/2026 12:50



Trump no está formalmente acusado en el caso del pederasta Jeffrey Epstein. Existen, eso sí, una serie de denuncias no verificadas, algunas de las cuales han reaparecido -o se han visto reforzadas- con la entrega de los últimos documentos que el Departamento de Justicia publicó sobre el caso, el viernes 30 de enero. En esos tres millones de documentos, el nombre del presidente Donald Trump es mencionado más de 3.000 veces.

<https://www.lavanguardia.com/internacional/20260203/11456617/que-acusa-donald-trump-caso-pederasta-jeffrey-epstein.html>

El equipo de Trump estaba integrado por el secretario de Estado Marco Rubio; el de Guerra Pete Hegseth; el general Dan Caine, jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor; el director de la CIA John Ratcliffe; Susie Wiles, jefa de gabinete de la Casa Blanca; Jared Kushner, yerno del presidente, y Steve Witkoff, socio de Trump en sus negocios inmobiliarios.

Siendo estos dos últimos sionistas de origen judío, quienes no

obstante esto, habían estado a cargo de las dramáticas negociaciones de EEUU con Irán, en Omán en junio del año pasado. Que hizo posible el ataque por sorpresa que concretó Israel en la Guerra de los 12 días, con el que descabezó a la cúpula científica y militar de Irán. Situación que se repitió nuevamente ahora a fines de febrero, con las negociaciones en Suiza y el ataque por sorpresa de EEUU e Israel, que descabezó la cúpula religiosa y militar de Irán.

La 4ta Guerra del Golfo impulsada por los “golfos” Israel y EEUU hizo trizas el TNP y un mundo basado en reglas ayudados por argentinos

El impulso a la guerra contra Irán por parte de Netanyahu

Concretamente según dicha nota, Netanyahu sugirió que Irán estaba maduro para un cambio de régimen, para acabar con la República Islámica. Presentó incluso un video con un montaje de los nuevos posibles gobernantes, entre ellos el hijo homónimo del Sha Reza Pahlavi. Y aseguró además que el programa de misiles de Irán podría ser destruido en pocas semanas; que Irán no podría cerrar el estrecho de Ormuz; siendo además mínima la posibilidad que pudiera golpear los intereses de EEUU en los países vecinos.

Por su parte el director del Mossad, pronosticó que volverían las protestas callejeras en Irán, y que dicha agencia de espionaje volvería a fomentar disturbios y rebeliones, las que asistidas con un intenso bombardeo, harían que la oposición derrocara al gobierno iraní. Con la ayuda de una rebelión de kurdos iraníes, que podrían abrir un frente opositor en el noroeste.

“Suena bien” dijo Trump, según la nota, apuntando que Netanyahu, ante la pregunta de los riesgos de la operación, dijo que *“en su opinión, los riesgos de la inacción eran mayores que los riesgos de la acción”*, y que el precio de ella *“solo aumentaría si retrasaban el ataque, dándole más tiempo a*

Irán a equiparse”.

La respuesta positiva de Trump a la propuesta de Netanyahu, hizo que la comunidad de inteligencia de EEUU se avocara urgentemente a su estudio, desglosándola en cuatro objetivos: 1) La decapitación: matar al ayatolá. 2) Paralizar la capacidad de Irán para proyectar su poder hacia sus vecinos. 3) Levantamiento popular en Irán. 4) Cambio de régimen con un líder laico.

La conclusión fue que los objetivos 1 y 2 eran alcanzables, pero que los 3 y 4 estaban *“alejados de la realidad”*, calificándolo el director de la CIA Ratcliffe a estos dos últimos puntos como *“ridículos”*. A lo que Rubio agregó, *“es una patraña”*. Y por su parte el vicepresidente Vance expresó al respecto *“un fuerte escepticismo”*.

Por su parte el general Caine dijo: *“según mi experiencia, este es el procedimiento operativo habitual de los israelíes. Exageran y sus planes no siempre están bien desarrollados. Saben que nos necesitan y por eso exageran”*. Sin embargo, Trump dijo que los objetivos 3 y 4 era un *“problema de ellos”*, y se mostró interesado en ir por el 1 y 2.

[¿El mundo en manos de un loco, o las potencias reacomodándose en un escenario planificado por las elites?](#)

El interregno meditativo

En los días subsiguientes Caine puso otros peros, consistentes en que una gran campaña contra Irán agotaría las reservas de armamento de EEUU, especialmente los interceptores de misiles. Y la gran dificultad de asegurar el estrecho de Ormuz ante los riesgos que Irán lo bloqueara. Posibilidad que Trump descartó, con la visión que se trataría de una guerra muy rápida, parecida al golpe de mano en Venezuela perpetrado poco antes.

Trump contaba con el secretario de Guerra Hegseth de su lado, siendo este el mayor partidario de una campaña militar contra

Irán. Mientras que el secretario de Estado Rubio se manifestaba dubitativo, aunque luego defendió la decisión públicamente. Mientras que el vicepresidente Vance se oponía firmemente ella, por su experiencia en Irak.

Vance advirtió que una guerra contra Irán podría provocar el caos regional, y un número incalculable de bajas. También podría romper la coalición política de Trump, y sería vista como una traición por muchos votantes que creyeron en la promesa de no tener nuevas guerras. Que una guerra contra un régimen con una enorme voluntad de supervivencia, podría dejar a Estados Unidos en una posición mucho peor para librar conflictos durante algunos años.

Que ninguna perspicacia militar podía calibrar lo que haría Irán en represalia, cuando estaba en juego su supervivencia, que podría derivar en direcciones imprevisibles. Que había pocas posibilidades de construir un Irán pacífico después del enfrentamiento. Y que más allá de todo esto, estaba el mayor riesgo de todos: Irán tenía la ventaja en lo que se refería al estrecho de Ormuz. Si quedaba bloqueado, las consecuencias internas en EEUU serían graves, empezando por el aumento de los precios del combustible.

Por su parte a Tucker Carlson, que le había advertido a Trump que una guerra con Irán destruiría su presidencia, le dijo telefónicamente. *"Sé que estás preocupado, pero todo va a salir bien"*. Carlson le preguntó cómo sabía que saldría bien. *"Porque siempre es así"*, respondió Trump.

Según la nota en cuestión, en los últimos días de febrero, estadounidenses e israelíes discutieron el dato de inteligencia de que el ayatolá se reunía con otros altos cargos del gobierno, a plena luz del día y expuesto a un ataque aéreo. Y que Trump le había dado otra oportunidad a la diplomacia con la nueva intervención de Witcoff y Kushner, para llegar a un acuerdo con Irán.

Que también le dio a EEUU tiempo para trasladar equipamiento militar hacia allí, mientras Netanyahu lo instaba a actuar con rapidez. Gestión diplomática que tuvo como resultado final que su yerno de origen judío Kushner, obrando en consonancia con las premuras de Netanyahu, le informara a Trump que un acuerdo demandaría mucho tiempo, porque los iraníes *“estaban jugando”*.

[Nueva crisis Palestina – Israel: la jugada desesperada de Netanyahu](#)

El día fatal: la publicación de The New York Times y la reunión decisiva en la Casa Blanca

El 26 de febrero, el mismo The New York Times, publicó la explosiva nota, [En los archivos Epstein faltan documentos sobre una mujer que acusó a Trump](#), apuntando en su copete: *“Trump la agredió en la década de 1980, cuando era menor de edad. Pero varios memorandos relacionados con su testimonio no figuran en los archivos”*.

En los archivos Epstein faltan documentos sobre una mujer que acusó a Trump

Los documentos publicados por el Departamento de Justicia mencionan brevemente una acusación no verificada de que Donald Trump la agredió en la década de 1980, cuando era menor de edad. Pero varios memorandos relacionados con su testimonio no figuran en los archivos.



Cuando el Departamento de Justicia hizo públicos los archivos a finales del mes pasado, funcionarios dijeron que incluían todo el material enviado por el público al FBI. Tierney L. Cross/The New York Times



Por [Mike Baker](#) y [Michael Gold](#)

26 de febrero de 2026

[Read in English](#)

<https://www.nytimes.com/es/2026/02/26/espanol/estados-unidos/trump-epstein-desaparicion.html>

Coincidentemente, según la nota en cuestión del New York, en la tarde de ese mismo día 26 de febrero, se concretó una última reunión en la Sala de Situación de la Casa Blanca, con un debate durante hora y media. Estaban presentes además de Trump, Vance, Ratcliffe, el procurador David Warrington, el

director de comunicaciones Steven Cheung, la secretaria de prensa Karoline Leavitt, el general Caine, Hegseth y Rubio.

No había sido en absoluto informados de la operación, ni el secretario del Tesoro Scott Bessent, ni el secretario de Energía Chris Wright, que tendrían que gestionar la mayor interrupción del suministro en la historia del mercado mundial del petróleo. Ni tampoco la directora de inteligencia nacional Tulsi Gabbard.

El presidente inició la reunión preguntando: ***“Bien, ¿qué tenemos?”***, frase que ese día especial podía tener múltiples niveles de sentido. El secretario de Guerra Hegseth, fue el principal promotor de lanzar la guerra. El canciller Rubio se mostró ambivalente. El vicepresidente Vance dijo, *“sabes que creo que es una mala idea, pero si quieres hacerlo, te apoyaré”*. Wiles le dijo qué si era por la seguridad nacional de EEUU, siguiera adelante. Ratcliffe de la CIA, informó que los dirigentes iraníes estaban por reunirse con el ayatolá, y dijo que si solo se trata de matar al ayatolá, *“probablemente podamos hacerlo”*.

El asesor jurídico Warrington, le dio vueltas a la legalidad del atentado a ejecutar contra el ayatolá, para finalizar diciendo que sí a pesar de todo Israel tenía la intención de proceder, EEUU debía hacerlo. Cheung se refirió a las consecuencias políticas: Trump se había postulado contra las guerras; la gente no había votado a favor de ellas; además se contradecía con lo que el gobierno había aseverado tras los bombardeos de junio, de que las instalaciones nucleares de Irán habían sido destruidas. No dijo ni sí ni no, pero cualquier decisión de Trump sería la correcta. La vocera Leavitt dijo que era su decisión y vería de gestionarla lo mejor que pudiera.

El secretario de Guerra Hegseth, insistió que en algún momento tendrían que dársela a los iraníes, así que mas valía hacerlo ahora, ofreciendo variantes: podrían ejecutar la campaña en un

tiempo determinado con un nivel determinado de fuerzas. El general Caine expuso los riesgos que había anticipado y sin dar opinión, dijo qué si Trump la ordenaba, los militares la ejecutarían. Rubio por su parte dijo que si el objetivo era un cambio de régimen, no debería hacerse, pero sí si el objetivo era destruir el programa de misiles de Irán.

Todos se apoyaron en los *“instintos del presidente”* Trump. Quien dijo *“Creo que tenemos que hacerlo”*, para asegurarse que Irán no pudiera tener un arma nuclear, y que no pudiera disparar misiles contra Israel o contra toda la región. Caine le dijo que debía dar el visto bueno antes de la 4:00 p.m. del día siguiente. A bordo del Air Force One, 22 minutos antes del plazo, Trump envió la orden: *“Se aprueba la Operación Furia Épica. No se aborta. Buena suerte”*.

Posteriormente el 3 de marzo, como para que Trump no se quedara en los objetivos 1 y 2 de la ofensiva contra Irán, e insistiera en lograr el 3 y 4, la justicia de EEUU publicó una nueva avalancha de archivos de Epstein. Que incluían:

“Tres informes de interrogatorios del FBI de 2019, con una mujer que afirmó que Epstein le presentó al futuro presidente estadounidense en la década de 1980, cuando ella tenía entre 13 y 15 años. Según los resúmenes de las entrevistas, conocidos como informes 302 del FBI, la mujer alegó que Trump intentó obligarla a practicarle sexo oral durante un encuentro organizado por Epstein. La mujer afirmó que le dio un mordisco a Trump durante el incidente y que este la golpeó antes de ordenar que la sacaran de la habitación”.

EEUU publica nuevos documentos sobre Epstein con acusaciones contra Trump



▲ afp_tickers

09 marzo 2026 - 16:57

🕒 4 minutos

El Departamento de Justicia de Estados Unidos publicó el jueves nuevos documentos relacionados con el delincuente sexual Jeffrey Epstein, incluidos informes del FBI previamente retenidos que contienen acusaciones no corroboradas de que Donald Trump agredió sexualmente a una menor hace décadas.

<https://www.swissinfo.ch/spa/eeuu-publica-nuevos-documentos-sobre-epstein-con-acusaciones-contra-trump/91067288>

Por su parte Trump al extenderse la Guerra contra Irán hasta abril, el 2 de este mes destituyó a la fiscal general de EEUU, Pamela Bondi. Responsable de las publicaciones del explosivo archivo del estadounidense de origen judío Jeffrey Epstein, al que se lo vincula con el Mosad y la banca judía Rothschild. Que ha tenido la virtud de poner de rodillas a prominentes personalidades del Primer Mundo Occidental.

[Trump y Netanyahu van por una nueva Nakba, el gas de Gaza, el](#)

Los preferidos del público



ADAPTACIÓN CLIMÁTICA
Los hogares suizos desperdician más comida de lo que creen

España dice «no a la guerra»: EE.UU. y Venezuela restablecen relaciones; y Colombia y EE.UU. contra la cocaína

POLÍTICA SUIZA
La policía suiza frente al reto de una delincuencia globalizada

GINEBRA INTERNACIONAL
Regreso de las «esferas de influencia»: claves y consecuencias

ADAPTACIÓN CLIMÁTICA
Viajamos de Suiza a Dinamarca en tren; el viaje duró 24 horas

ERETZ ISRAEL, y la extinción del Estado Palestino

Trump Netanyahu un solo corazón ¿por amor o por temor?

Donald Trump llegó imprevistamente a la presidencia de EEUU en el 2017, tras el mandato de Barack Obama, quien había precipitado un notable enfriamiento de las relaciones de EEUU con Israel. Al enfocarse en la rivalidad con China con la estrategia Asia Pacífico, razón por la cual, para atraer a Irán al bando Occidental, había llegado al Acuerdo 5+1 con Irán, que reconocía el derecho de este país al desarrollo nuclear pacífico, permitiéndole el enriquecimiento de uranio a menos del 4 %.

Acuerdo al que el premier Netanyahu se **oponía furiosamente**, demandando que Irán renunciara enteramente al desarrollo nuclear pacífico, igual que requiere ahora Trump. No obstante haber desarrollado Israel un programa nuclear clandestino que le ha permitido contar con un arsenal de bombas atómicas no declaradas. Y además que Irán renunciara a su desarrollo misilístico.

Por entonces se difundió que Trump llegó como un inesperado outsider a la presidencia, gracias al apoyo ruso. Pero seguidamente Trump fue considerado en Israel, como el mejor amigo que tuvo en su historia. Al trasladar la embajada de EEUU de Tel Aviv a Jerusalem; reconocer la soberanía de Israel sobre el territorio sirio de Altos del Golan; retirarse del Acuerdo 5+1, reimponiendo las sanciones y embargos contra Irán, que antes había levantado Obama; y asesinar el general Soleimani de la Fuerza Qud, diseñador del «arco de la resistencia» iraní entre otras cosas.

Una caricatura reveló quien guía al presidente Trump, y desató la ira y censura de Israel

Luego con el presidente Joseph Biden, no obstante la permisividad de este hacia Israel, las relaciones también se tensaron por el genocidio televisado que Netanyahu estaba

perpetrando en Gaza. Al dejar de EEUU, entre otras cosas, de proveer las mega bombas de una tonelada que empleaba masivamente para demolerla.

Así las cosas, no obstante su mal desempeño durante la pandemia, Trump logró volver a la presidencia. Facilitado por la senilidad de Biden, y por el supuesto atentado que sufrió en Pensilvania, con una bala que supuestamente le rozo la oreja sin dejar evidencia alguna de ello. Repitiendo así de alguna manera el fenómeno del filo sionista Jair Messias Bolsonaro, que llegó a la presidencia de Brasil internado en el hospital judío Albert Einstein, tras el supuesto atentado que sufrió con una herida de faca.

[La pantomima de pacificador de Trump para permitir que Netanyahu arrase con Gaza y plasmar el Gran Israel](#)
[Jair Messias Bolsonaro presidente de Brasil, una súper producción israelí](#)

Lo cual fue festejado ruidosamente en Israel, con incluso la primera visita que hizo Netanyahu a Latinoamérica, cuando Bolsonaro asumió en Brasilia la presidencia. Y si bien el país líder de este subcontinente ahora es gobernado por Lula y pertenece a los BRICS, en su substitución, en el segundo país mas importante que es Argentina, otro outsider llegó a la presidencia: Javier Milei. Quién en sus extremos de adhesión a Israel y de abrazos con Netanyahu, que cuenta con un pedido de captura internacional por genocida, ha llegado a decir que es el presidente más sionista del mundo.

[¿NETANYAHU DETRÁS DE LA DENUNCIA DE NISMAN?](#)

Apenas llegó Trump nuevamente a la presidencia, como si ese fuera su objetivo, redobló sus acciones como el mejor amigo de Israel en su historia: le volvió a suministrar las mega bombas para demoler Gaza y continuar con el genocidio; creó nuevos protocolos para luchar contra el antisemitismo, extendiendo el mote a cualquiera que criticara a Israel, a la par que

reprimía duramente a los estudiantes propalestinos; impuso más sanciones contra Irán; propuso primero vaciar a Gaza de palestinos, para luego proponer un Gaza Tour que simulara un micro estado palestino, y así permitirle a Israel quedarse con Cisjordania, etc.

Todo esto revela que la demencial huida hacia adelante del premier Netanyahu, perseguido por sus causas judiciales internas e internacionales, no tiene nada de improvisada, y por contrario ha sido perversamente planeada. Con la finalidad de destruir el “arco de la resistencia” que Irán había proyectado a su alrededor, a través de Irak, Siria, Líbano, Gaza, y Yemen, para equilibrar el poder disuasorio de Israel con su poderío nuclear clandestino.

PALESTINA: No hay nada sorprendente en la operación de Hamas, la huida hacia delante de Netanyahu

Que ahora está en su **fase decisiva**, consistente en el intento de **aplantar la cabeza de la serpiente** que es Teherán. Para el cual ha empleado el poderío de un EEUU vacilante, al no ser esta aventura demencial del interés genuino de esta potencia hasta ahora hegemónica. La que por contrario, ha cometido un error sustancial al ser llevada de las narices por parte del Israel de Netanyahu, que en su huida hacia adelante no es descartable que emplee sus ojivas atómicas contra Irán.

Siendo todo este asunto motivo de otra nota, más allá de los academicismos y eufemismos, el error estratégico de EEUU se podría sintetizar con el viejo y crudo refrán: *“donde se come no se caga”*. Al haberle permitido precisamente esa misma región, hoy sacudida por la guerra, la creación de los petrodólares, sobre los que se basa su declinante imperio. Mediante el shock petrolero de 1973, con la Guerra de Yon Kippur y el embargo petrolero árabe; completado con el shock petrolero de 1979, motivado paradójicamente por el éxito de la revolución de los ayatola en Irán.-

Cómo Trump llevó a EE. UU. a la guerra con Irán



La decisión del presidente Trump de iniciar la participación en un ataque contra Irán junto a Israel se vio influida por una presentación del primer ministro Benjamin Netanyahu en febrero, que dio lugar a una serie de debates en la Casa Blanca durante los días y semanas siguientes. Credit... Al Drago para The New York Times

En una serie de reuniones, el presidente Trump sopesó sus instintos frente a las profundas preocupaciones de su vicepresidente y una evaluación pesimista de los servicios de inteligencia. Esta es la historia sobre cómo se tomó la decisión.



Por [Jonathan Swan](#) y [Maggie Haberman](#)

Jonathan Swan y Maggie Haberman son corresponsales en la Casa Blanca para el Times, y son los coautores del próximo libro *Regime Change: Inside the Imperial Presidency of Donald Trump*. Este artículo se basa en la investigación realizada para ese libro.

Publicado 8 de abril de 2026, actualizado 9 de abril de 2026

El todoterreno negro en el que viajaba el primer ministro Benjamín Netanyahu llegó a la Casa Blanca poco antes de las 11:00 a. m. del 11 de febrero. El dirigente israelí, que **llevaba meses presionando a Estados Unidos para que accediera a realizar un ataque de gran envergadura contra Irán**, fue conducido al interior sin apenas ceremonias, fuera de la vista de los periodistas, preparado para uno de los momentos más cruciales de su larga carrera.

Funcionarios estadounidenses e israelíes primero se reunieron en la Sala del Gabinete, adyacente al Despacho Oval. Luego Netanyahu se dirigió escaleras abajo para el acto principal: una presentación altamente clasificada sobre Irán para el presidente Donald Trump y su equipo en la Sala de Situación de la Casa Blanca, que rara vez se utilizaba para reuniones en persona con dirigentes extranjeros.

Trump se sentó, pero no en su posición habitual a la cabeza de la mesa de conferencias de caoba de la sala. En su lugar, se sentó a un lado, frente a las grandes pantallas instaladas a lo largo de la pared. Netanyahu se sentó al otro lado, justo enfrente del mandatario.

En la pantalla situada detrás del primer ministro aparecía David Barnea, director del Mosad, la agencia de inteligencia exterior israelí, así como oficiales del ejército israelí. Dispuestos visualmente detrás de Netanyahu, creaban la imagen de un líder en tiempo de guerra rodeado por su equipo.



David Barnea, director del Mosad, el servicio de inteligencia exterior de Israel, Netanyahu y varios altos mandos del ejército israelí participaron en la reunión de alto nivel con el Trump en la Sala de Situación de la Casa Blanca. Credit... Amir Cohen/Reuters; Eric Lee para The New York Times

Susie Wiles, jefa de gabinete de la Casa Blanca, se sentó en el extremo opuesto de la mesa. El secretario de Estado, Marco Rubio, quien también ejercía de asesor de seguridad nacional, estaba en su asiento habitual. El secretario de Defensa, Pete Hegseth, y el general Dan Caine, jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que solían sentarse juntos en este tipo de reuniones, estaban a un lado; junto a ellos estaba John Ratcliffe, director de la CIA. Jared Kushner, yerno del presidente, y Steve Witkoff, enviado especial de Trump, quien había estado negociando con los iraníes, completaban el grupo

principal.

La reunión había sido deliberadamente reducida para evitar filtraciones. Otros altos secretarios del gabinete no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo. También estaba ausente el vicepresidente. JD Vance se encontraba en Azerbaiyán y la reunión se había programado con tan poca antelación que no pudo regresar a tiempo.

La presentación que Netanyahu haría en la hora siguiente sería fundamental para llevar a Estados Unidos e Israel hacia un conflicto armado de gran envergadura en medio de una de las regiones más volátiles del mundo. Y desencadenaría una serie de discusiones dentro de la Casa Blanca en los días y semanas siguientes, cuyos detalles no se han divulgado anteriormente, en las que Trump analizó sus opciones y los riesgos antes de dar el visto bueno a unirse a Israel para atacar a Irán.

Este relato de cómo Trump llevó a Estados Unidos a la guerra se ha extraído de la investigación para un libro de próxima publicación llamado *Regime Change: Inside the Imperial Presidency of Donald Trump*. Revela cómo las deliberaciones dentro del gobierno pusieron de manifiesto los instintos del presidente, las fracturas de su círculo íntimo y su manera de dirigir la Casa Blanca. Se basa en extensas entrevistas realizadas bajo condición de anonimato para relatar debates internos y temas delicados.

La investigación subraya hasta qué punto el pensamiento belicista de Trump se alineó con el de Netanyahu durante muchos meses, más de lo que reconocían incluso algunos de los principales asesores del presidente. Su estrecha asociación ha sido una característica duradera a lo largo de dos gobiernos, y esa dinámica –por tensa que haya sido a veces– ha generado intensas críticas y sospechas tanto en la izquierda como en la derecha de la política estadounidense.

Y muestra cómo, al final, incluso los miembros más escépticos

del gabinete de guerra de Trump –con la clara excepción de Vance, la figura dentro de la Casa Blanca que más se oponía a una guerra a gran escala– se plegaron a los instintos del mandatario, incluida su gran confianza en que la guerra sería rápida y decisiva. La Casa Blanca declinó hacer comentarios.

En la Sala de Situaciones del 11 de febrero, Netanyahu hizo una propuesta dura, sugiriendo que Irán estaba maduro para un cambio de régimen y expresando la creencia de que una misión conjunta estadounidense-israelí podría acabar finalmente con la República Islámica.

En un momento dado, los israelíes reprodujeron para Trump un breve video que incluía un montaje de posibles nuevos dirigentes que podrían hacerse cargo del país si cayera el gobierno de línea dura. Entre ellos figuraba Reza Pahlavi, el hijo exiliado del último sha de Irán, ahora un disidente radicado en Washington que había intentado posicionarse como un líder laico que podría guiar a Irán hacia un gobierno posteocrático.

Netanyahu y su equipo esbozaron unas condiciones que, según ellos, apuntaban a una victoria casi segura: el programa de misiles balísticos de Irán podría ser destruido en pocas semanas. El régimen quedaría tan debilitado que no podría asfixiar el estrecho de Ormuz, y la probabilidad de que Irán asestara golpes contra intereses estadounidenses en países vecinos se consideró mínima.

Además, la inteligencia del Mosad indicaba que volverían a empezar las protestas callejeras dentro de Irán y –con el ímpetu de la agencia de espionaje israelí ayudando a fomentar disturbios y rebeliones– una intensa campaña de bombardeos podría fomentar las condiciones para que la oposición iraní derrocara al régimen. Los israelíes también plantearon la posibilidad de que los combatientes kurdos iraníes cruzaran la frontera desde Irak para abrir un frente terrestre en el noroeste, lo que estiraría aún más las fuerzas del régimen y

aceleraría su colapso.

Netanyahu hizo su presentación con un tono monótono y seguro. Parece que eso le gustó a la persona más importante de la sala, el presidente estadounidense.

Suena bien, le dijo Trump al primer ministro. Para Netanyahu, esto significaba una probable luz verde para una operación conjunta estadounidense-israelí.

Netanyahu no fue el único que salió de la reunión con la impresión de que Trump casi había tomado una decisión. Los asesores del mandatario pudieron comprobar que había quedado profundamente impresionado por la promesa de lo que podían hacer los servicios militares y de inteligencia de Netanyahu, al igual que cuando ambos hablaron antes de la guerra de 12 días contra Irán en junio.

Antes, en su visita a la Casa Blanca el 11 de febrero, Netanyahu había intentado centrar la atención de los estadounidenses reunidos en la Sala del Gabinete en la amenaza existencial que representaba el líder supremo de Irán, el ayatolá Alí Jameneí, de 86 años.

Cuando otras personas que estaban en la sala le preguntaron al primer ministro sobre los posibles riesgos de la operación, Netanyahu los reconoció, pero hizo una observación central: en su opinión, los riesgos de la inacción eran mayores que los riesgos de la acción. Argumentó que el precio de la acción solo aumentaría si retrasaban el ataque y le daban más tiempo a Irán para acelerar su producción de misiles y crear un escudo de inmunidad en torno a su programa nuclear.

Todos los presentes comprendieron que Irán tenía capacidad para aumentar sus arsenales de misiles y aviones no tripulados a un costo mucho menor y mucho más rápidamente de lo que Estados Unidos podría construir y suministrar los interceptores, mucho más caros, para proteger los intereses estadounidenses y de sus aliados en la región.

Las presentaciones de Netanyahu –y la respuesta positiva de Trump a las mismas– crearon una tarea urgente para la comunidad de inteligencia estadounidense. Durante la noche, los analistas trabajaron para evaluar la viabilidad de lo que el equipo israelí había dicho al presidente.

Los consejos militares

Los resultados del análisis de los servicios de inteligencia estadounidenses se compartieron al día siguiente, 12 de febrero, en otra reunión solo para funcionarios estadounidenses en la Sala de Situación. Antes de que llegara Trump, dos altos funcionarios de inteligencia informaron al círculo íntimo del presidente.

Los funcionarios de inteligencia tenían profundos conocimientos de las capacidades militares estadounidenses y conocían al dedillo el sistema iraní y sus actores. Habían desglosado la presentación de Netanyahu en cuatro partes. La primera era la decapitación: matar al ayatolá. La segunda era paralizar la capacidad de Irán para proyectar poder y amenazar a sus vecinos. La tercera era un levantamiento popular dentro de Irán. Y la cuarta era el cambio de régimen, con la instalación de un líder laico para gobernar el país.

Los funcionarios estadounidenses consideraron que los dos primeros objetivos eran alcanzables con la inteligencia y el poder militar estadounidenses. Consideraron que las partes tercera y cuarta del discurso de Netanyahu, que incluían la posibilidad de que los kurdos organizaran una invasión terrestre de Irán, estaban alejadas de la realidad.

Cuando Trump se incorporó a la reunión, Ratcliffe lo informó sobre la evaluación. El director de la CIA utilizó una palabra para describir los escenarios de cambio de régimen del primer ministro israelí: “ridículos”.



John Ratcliffe, director de la CIA, advirtió contra la posibilidad de considerar el cambio de régimen como un objetivo alcanzable en una reunión de la Sala de Situación al día siguiente. Credit...Doug Mills/The New York Times

En ese momento, Rubio intervino. “En otras palabras, es una patraña”, dijo.

Ratcliffe añadió que, dada la imprevisibilidad de los acontecimientos en cualquier conflicto, podría producirse un cambio de régimen, pero no debería considerarse como un objetivo alcanzable.

Otros intervinieron, entre ellos Vance, recién llegado de Azerbaiyán, quien también expresó un fuerte escepticismo ante la perspectiva de un cambio de régimen.

El presidente se dirigió entonces al general Caine y le preguntó: “General, ¿qué opina?”.

“Señor, según mi experiencia, este es el procedimiento operativo habitual de los israelíes. Exageran y sus planes no

siempre están bien desarrollados. Saben que nos necesitan y por eso exageran”, respondió el líder militar.

Trump analizó rápidamente la valoración. El cambio de régimen, dijo, sería “problema de ellos”. No estaba claro si se refería a los israelíes o al pueblo iraní. Pero lo esencial era que su decisión sobre si ir a la guerra contra Irán no dependería de si las partes 3 y 4 de la presentación de Netanyahu eran realizables.

Trump parecía seguir muy interesado en cumplir la primera y segunda parte: matar al ayatolá y a los principales dirigentes de Irán y desmantelar el ejército iraní.

El general Caine –el hombre al que a Trump le gustaba referirse como “Razin’ Caine”– había impresionado al presidente años antes al decirle que el Estado Islámico podía ser derrotado mucho más rápidamente de lo que otros habían previsto. Trump recompensó esa confianza ascendiendo al general, quien había sido piloto de combate de las Fuerzas Aéreas, convirtiéndolo en su máximo asesor militar. Caine no es un político leal, y le preocupaba seriamente una guerra con Irán. Pero fue muy cauto en la forma de presentar sus puntos de vista al presidente.

Mientras el pequeño equipo de asesores que estaban al tanto de los planes deliberaba durante los días siguientes, Caine compartió con Trump y con otros la alarmante valoración militar de que una gran campaña contra Irán agotaría drásticamente las reservas de armamento estadounidense, incluidos los interceptores de misiles, cuyo suministro se había agotado tras años de apoyo a Ucrania e Israel. Caine no veía un camino claro para reponer rápidamente estos arsenales.

También señaló la enorme dificultad de asegurar el estrecho de Ormuz y los riesgos de que Irán lo bloqueara. Trump había descartado esa posibilidad suponiendo que el régimen capitularía antes de llegar a eso. El mandatario parecía

pensar que sería una guerra muy rápida, impresión que se había visto reforzada por la tibia respuesta al bombardeo estadounidense de las instalaciones nucleares iraníes en junio.

El papel de Caine en el período previo a la guerra captó una tensión clásica entre el consejo militar y la toma de decisiones presidencial. Tan persistente fue en no adoptar una postura –repitiendo que no era su papel decirle al presidente lo que tenía que hacer, sino presentar opciones junto con los riesgos potenciales y las posibles consecuencias de segundo y tercer orden– que a algunos de los que le escuchaban podía parecerles que estaba argumentando simultáneamente todos los lados del tema.

Preguntaba constantemente: “¿Y luego qué?”. Pero, a menudo, Trump parecía escuchar solo lo que quería.



El general Dan Caine, jefe del Estado Mayor Conjunto, saliendo de una rueda de prensa en el Pentágono la semana pasada. Credit...Eric Lee para The New York Times

Caine difería en casi todos los aspectos de su anterior jefe,

el general Mark A. Milley, quien había discutido a gritos con Trump durante su primer gobierno y quien consideraba que su función era impedir que el presidente tomara medidas peligrosas o imprudentes.

Una persona familiarizada con sus interacciones señaló que Trump tenía la costumbre de confundir los consejos tácticos de Caine con el asesoramiento estratégico. En la práctica, eso significaba que el general podía advertir en un momento sobre las dificultades de un aspecto de la operación y, en el siguiente, señalar que Estados Unidos disponía de un suministro prácticamente ilimitado de bombas de precisión baratas y que podría atacar Irán durante semanas una vez lograda la superioridad aérea.

Para el general, se trataba de observaciones separadas. Pero Trump parecía pensar que lo más probable era que la segunda anulara a la primera.

En ningún momento de las deliberaciones, Caine le dijo directamente que la guerra contra Irán era una idea terrible, aunque algunos de sus colegas creían que eso era exactamente lo que pensaba.

Trump, el halcón

Aunque muchos de los asesores del presidente desconfiaban de Netanyahu, la opinión del primer ministro sobre la situación estaba mucho más cerca de la de Trump de lo que a los antintervencionistas del equipo de Trump o del movimiento más amplio “Estados Unidos primero” les gustaba admitir. Durante muchos años esto había sido así.

De todos los retos de política exterior a los que Trump se había enfrentado a lo largo de dos presidencias, Irán destacaba por encima de los demás. Lo consideraba un adversario singularmente peligroso y estaba dispuesto a asumir grandes riesgos para obstaculizar la capacidad del régimen de librar una guerra o de adquirir un arma nuclear. Además, el

planteamiento de Netanyahu había encajado con el deseo de Trump de dismantelar la teocracia iraní, que había tomado el poder en 1979, cuando Trump tenía 32 años. Desde entonces, había sido una espina clavada en el costado de Estados Unidos.

Ahora, podría convertirse en el primer presidente en lograr un cambio de régimen en Irán desde que la cúpula clerical tomó el poder hace 47 años. Normalmente no se mencionaba, pero siempre estaba en segundo plano, la motivación añadida de que Irán había tramado matar a Trump como venganza por el asesinato, en enero de 2020, del general Qasem Soleimani, a quien Estados Unidos consideraba una fuerza impulsora de la campaña iraní de terrorismo internacional.



Una valla publicitaria en Teherán que mostraba a militares iraníes con aviones estadounidenses capturados y un mensaje sobre el estrecho de Ormuz. Credit...Arash Khamooshi para The New York Times

Cuando regresó a la presidencia para un segundo mandato, la confianza de Trump en la capacidad del ejército estadounidense había aumentado. Se sintió especialmente envalentonado por la

espectacular incursión de un comando para capturar al líder venezolano Nicolás Maduro en su complejo el 3 de enero. No se perdieron vidas estadounidenses en la operación, una prueba más para el presidente de la incomparable destreza de las fuerzas estadounidenses.

Dentro del gabinete, Hegseth era el mayor partidario de una campaña militar contra Irán.

Rubio indicó a sus colegas que era mucho más ambivalente. No creía que los iraníes aceptaran un acuerdo negociado, pero su preferencia era continuar una campaña de máxima presión en lugar de iniciar una guerra a gran escala. Sin embargo, Rubio no intentó disuadir a Trump de la operación y, una vez iniciada la guerra, presentó la justificación gubernamental con plena convicción.

A Wiles le preocupaba lo que podría suponer un nuevo conflicto en el extranjero, pero no solía opinar con dureza sobre temas militares en las reuniones más importantes; más bien, animaba a los asesores a compartir sus opiniones y preocupaciones con el presidente en esos entornos. Wiles ejercía influencia en muchos otros asuntos, pero en la sala con Trump y los generales, se mantenía al margen. Sus allegados dijeron que no consideraba que su papel fuera compartir con el mandatario sus preocupaciones sobre una decisión militar delante de los demás. Y creía que la experiencia de asesores como los generales Caine, Ratcliffe y Rubio era más importante para el presidente.



Susie Wiles, jefa de gabinete de la Casa Blanca, en la Sala Este el mes pasado. Sus allegados dijeron que no consideraba que fuera su papel compartir con el presidente sus preocupaciones sobre una decisión

militar delante de los demás.Credit... Doug Mills/The New York Times

Sin embargo, Wiles les dijo a sus colegas que le preocupaba que Estados Unidos se viera arrastrado a otra guerra en Medio Oriente. Un ataque a Irán conllevaba la posibilidad de disparar los precios de la gasolina meses antes de las elecciones intermedias que podrían ayudar a decidir si los dos últimos años del segundo mandato de Trump serían años de logros o de citaciones por parte de los demócratas de la Cámara de Representantes. Pero, al final, Wiles estuvo de acuerdo con la operación.

Vance, el escéptico

Nadie en el círculo íntimo de Trump estaba más preocupado por la perspectiva de una guerra con Irán, ni hizo más por intentar detenerla, que el vicepresidente.

Vance había construido su carrera política oponiéndose precisamente al tipo de aventurerismo militar que ahora se estaba analizando seriamente. Había descrito una guerra con Irán como “una enorme distracción de recursos” y “masivamente cara”.

Sin embargo, no era un pacifista en todos los aspectos. En enero, cuando Trump le advirtió públicamente a Irán que dejara de matar manifestantes y prometió que la ayuda estaba en camino, Vance había animado en privado al presidente a hacer cumplir su línea roja. Pero lo que el vicepresidente impulsó fue un ataque punitivo limitado, algo más parecido al modelo del ataque con misiles de Trump contra Siria en 2017 por el uso de armas químicas contra civiles.

El vicepresidente pensaba que una guerra de cambio de régimen con Irán sería un desastre. Prefería que no hubiera ningún ataque. Pero, sabiendo que era probable que Trump interviniera de algún modo, intentó orientarse hacia una acción más

limitada. Más tarde, cuando parecía seguro que el presidente estaba decidido a emprender una campaña a gran escala, Vance argumentó que debía hacerlo con una fuerza abrumadora, con la esperanza de alcanzar rápidamente sus objetivos.



El vicepresidente JD Vance, la figura dentro de la Casa Blanca que más se oponía a una guerra a gran escala, la describió como “una enorme distracción de recursos” y “masivamente cara” . Credit... Doug Mills/The New York

Ante sus colegas, Vance le advirtió a Trump que una guerra contra Irán podría provocar el caos regional y un número incalculable de bajas. También podría romper la coalición política de Trump y sería vista como una traición por muchos votantes que creyeron en la promesa de no tener nuevas guerras.

Vance también planteó otras preocupaciones. Como vicepresidente, era consciente del alcance del problema de municiones de Estados Unidos. Una guerra contra un régimen con una enorme voluntad de supervivencia podría dejar a Estados Unidos en una posición mucho peor para librar conflictos durante algunos años.

El vicepresidente dijo a sus colaboradores que ninguna perspicacia militar podía calibrar realmente lo que haría Irán en represalia cuando estaba en juego la supervivencia del régimen. Una guerra podría tomar fácilmente direcciones imprevisibles. Además, pensaba que habían pocas posibilidades de construir un Irán pacífico después del enfrentamiento.

Más allá de todo esto estaba el mayor riesgo de todos: Irán tenía ventaja en lo que se refería al estrecho de Ormuz. Si esa estrecha vía fluvial que transporta grandes cantidades de petróleo y gas natural quedaba bloqueada, las consecuencias internas en Estados Unidos serían graves, empezando por el aumento de los precios de la gasolina.

Tucker Carlson, el comentarista que había surgido como otro destacado escéptico de la intervención, había acudido al Despacho Oval varias veces durante el año anterior para advertirle a Trump que una guerra con Irán destruiría su presidencia. Un par de semanas antes de que empezara la guerra, Trump, que conocía a Carlson desde hacía años, intentó tranquilizarle por teléfono. "Sé que estás preocupado, pero todo va a salir bien", dijo el presidente. Carlson le preguntó

cómo sabía que saldría bien. “Porque siempre es así”, respondió Trump.

En los últimos días de febrero, los estadounidenses y los israelíes discutieron un nuevo dato de inteligencia que aceleraría significativamente su cronograma. El ayatolá se reuniría en la superficie con otros altos cargos del régimen, a plena luz del día y totalmente expuesto a un ataque aéreo. Era una oportunidad fugaz para atacar el corazón de la cúpula iraní, el tipo de objetivo que era posible que no volviera a presentarse.

Trump le dio a Irán otra oportunidad de llegar a un acuerdo que bloqueara su camino hacia las armas nucleares. La diplomacia también le dio a Estados Unidos tiempo extra para trasladar activos militares a Medio Oriente.

El presidente había tomado efectivamente una decisión semanas antes, dijeron varios de sus asesores. Pero aún no había decidido exactamente cuándo. Ahora, Netanyahu lo instaba a actuar con rapidez.

Esa misma semana, Kushner y Witkoff llamaron desde Ginebra tras las últimas conversaciones con funcionarios iraníes. Durante tres rondas de negociaciones en Omán y Suiza, ambos habían puesto a prueba la voluntad de Irán de llegar a un acuerdo. En un momento dado, le ofrecieron a los iraníes combustible nuclear gratuito durante toda la vida de su programa, una manera de probar si la insistencia de Teherán en el enriquecimiento realmente tenía por objeto la energía civil o preservar la capacidad de construir una bomba.

Los iraníes rechazaron la oferta, calificándola como un atentado contra su dignidad.

Kushner y Witkoff le expusieron el panorama al presidente. Probablemente podrían negociar algo, pero llevaría meses, dijeron. Si Trump preguntaba si podían mirarle a los ojos y decirle que podían resolver el problema, iba a costar mucho

llegar a ese punto, le dijo Kushner, porque los iraníes estaban jugando.

‘Creo que tenemos que hacerlo’

El jueves 26 de febrero, hacia las 5:00 p. m., se inició una última reunión en la Sala de Situación. A estas alturas, las posiciones de todos los presentes estaban claras. Todo se había discutido en reuniones anteriores; todos conocían la postura de los demás. El debate duraría aproximadamente una hora y media.

Trump estaba en su lugar habitual, en la cabecera de la mesa. A su derecha se sentaba el vicepresidente; junto a Vance estaba Wiles, luego Ratcliffe, después el abogado de la Casa Blanca, David Warrington, y luego Steven Cheung, el director de comunicaciones de la Casa Blanca. Frente a Cheung estaba Karoline Leavitt, la secretaria de prensa de la Casa Blanca; a su derecha estaba el general Caine, y luego Hegseth y Rubio.

El grupo de planificación de la guerra se había mantenido tan restringido que los dos funcionarios clave que tendrían que gestionar la mayor interrupción del suministro en la historia del mercado mundial del petróleo, el secretario del Tesoro, Scott Bessent, y el secretario de Energía, Chris Wright, estaban excluidos, al igual que Tulsi Gabbard, la directora de inteligencia nacional.

El presidente inició la reunión preguntando: “Bien, ¿qué tenemos?”.



El secretario de Defensa, Pete Hegseth, fue el principal defensor de una campaña militar contra Irán dentro del gabinete. El secretario de Estado, Marco Rubio, dejó entrever a sus colegas que su postura era mucho más ambivalente. Credit... Fotografías por Eric Lee para The New York Times

Hegseth y Caine repasaron la secuencia de los atentados. Entonces, Trump dijo que quería escuchar las opiniones de todos.

Vance, cuyo desacuerdo con toda la premisa estaba bien establecido, se dirigió al presidente: "Sabes que creo que es una mala idea, pero si quieres hacerlo, te apoyaré".

La jefa de Gabinete Wiles le dijo a Trump que si consideraba que debía proceder por la seguridad nacional de Estados Unidos, que siguiera adelante.

Ratcliffe no ofreció ninguna opinión sobre si proceder o no,

pero habló de la nueva y asombrosa información de inteligencia que los dirigentes iraníes estaban a punto de reunir en el complejo del ayatolá en Teherán. El director de la CIA le dijo al presidente que el cambio de régimen era posible dependiendo de cómo se definiera el término. *“Si solo nos referimos a matar al líder supremo, probablemente podemos hacerlo”*, dijo.

Cuando se le preguntó, Warrington, el asesor jurídico de la Casa Blanca, dijo que era una opción legalmente admisible desde el punto de vista de la forma en que el plan había sido concebido por los funcionarios estadounidenses y presentado al presidente. No ofreció una opinión personal, pero cuando el mandatario lo presionó para que diera una, dijo que, como veterano de la Infantería de Marina, había conocido a un militar estadounidense asesinado por Irán años antes. Esta cuestión seguía siendo profundamente personal. Le dijo al presidente que si Israel tenía la intención de proceder, a pesar de todo, Estados Unidos también debía hacerlo.

Cheung expuso las probables consecuencias para las relaciones públicas: Trump se había postulado a las elecciones en contra de más guerras. La gente no había votado a favor de conflictos en el extranjero. Además, los planes iban en contra de todo lo que el gobierno había dicho tras la campaña de bombardeos contra Irán en junio. ¿Cómo explicarían ocho meses de insistencia en que las instalaciones nucleares iraníes habían sido totalmente destruidas? Cheung no dio ni un sí ni un no, pero dijo que cualquier decisión que tomara Trump sería la correcta.

Leavitt le dijo al presidente que era su decisión y que el equipo de prensa la gestionaría lo mejor que pudiera.

Hegseth adoptó una postura más estrecha: en algún momento tendrían que ocuparse de los iraníes, así que más les valía hacerlo ahora. Ofreció valoraciones técnicas: podrían ejecutar la campaña en un tiempo determinado con un nivel determinado de fuerzas.

El general Caine se mostró sobrio, exponiendo los riesgos y lo que la campaña supondría para el agotamiento de las municiones. No ofreció ninguna opinión; su postura era que si Trump ordenaba la operación, los militares la ejecutarían. Ambos altos mandos militares del presidente anticiparon cómo se desarrollaría la campaña y la capacidad de Estados Unidos para degradar las capacidades militares de Irán.

Cuando le llegó el turno de hablar, Rubio ofreció más claridad, diciéndole al presidente: si nuestro objetivo es un cambio de régimen o un levantamiento, no deberíamos hacerlo. Pero si el objetivo es destruir el programa de misiles de Irán, ese es un objetivo que podemos lograr.

Todos se apoyaron en los instintos del presidente. Lo habían visto tomar decisiones audaces, asumir riesgos insondables y, de algún modo, salir airoso. Ahora nadie se lo impediría.

“Creo que tenemos que hacerlo”, le dijo el presidente a la sala. Dijo que tenían que asegurarse que Irán no pudiera tener un arma nuclear y que no pudiera disparar misiles contra Israel o contra toda la región.

A bordo del Air Force One, la tarde siguiente, 22 minutos antes del plazo fijado por el general Caine, Trump envió la siguiente orden: *“Se aprueba la Operación Furia Épica. No se aborta. Buena suerte”*.

[Jonathan Swan](#) es corresponsal del Times en la Casa Blanca y cubre el gobierno de Donald Trump. Puedes contactarlo de manera segura en Signal: [@jonathan.941](#)

[Maggie Haberman](#) es corresponsal en la Casa Blanca para el Times y reporta sobre el presidente Donald Trump.